

EL BAJO-IMPERIO

CAPÍTULO PRIMERO

LA DECREPITUD ROMANA Y LA BARBARIE GERMÁNICA

§ I.—El Bajo-Imperio.

La invasión de los Bárbaros, la caída del imperio romano y las conquistas de los Arabes, esas grandes revoluciones que llenan el primer período de la Edad Media, parece que desmienten la doctrina del desenvolvimiento progresivo de la humanidad. Los hombres ilustrados se preocupan de la barbarie que se apoderó de Europa después de la invasión de los pueblos del Norte, reemplazando á la brillante civilización de la Grecia y de Roma la más crasa ignorancia y la ferocidad de las costumbres. ¿Cómo había de ser un progreso el paso de la luz á las tinieblas? Las almas religiosas se llenan de tristeza al ver la cuna del cristianismo en poder de los enemigos de la cruz y los púlpitos de Gregorio, de Crisóstomo y de Agustín convertidos en mezquitas. ¿Cómo había de ser un progreso el islamismo destruyendo la religión cristiana?

En otra parte diremos cuál fué la misión del Bajo-Imperio. Para el historiador filósofo, los anales de Constantinopla, aun cuando llenos de sucesos repugnantes, ofrecen el más grande interés. Se diría que la Providencia ha querido dar á la humanidad el espectáculo de la civilización antigua en

decadencia, para que apreciase el beneficio de aquellos terribles salvadores que se llamaban azotes de Dios. Se diría que la Providencia ha querido dar á la humanidad el espectáculo de un imperio rico y potente sucumbiendo al influjo de elementos deletéreos, para enseñar á los pueblos modernos lo que viene á ser una cultura material é intelectual sin libertad. Estudiemos el imperio griego bajo este punto de vista, y veremos que el gobierno providencial y la marcha progresiva de la humanidad, en parte alguna brillan con más evidencia (a).

(a) No todos los partidarios del progreso podrán asentir á ese género de «gobierno providencial» y á esa «marcha progresiva de la humanidad», tales como las viene explicando Mr. Laurent. No todos podrán asentir á que sea un progreso el Corán sobre el Evangelio, ni el reemplazo del orden bueno ó malo á la sombra de principios que entrañan ideas de libertad, de igualdad y de fraternidad, por el caos ó por lo que quiera que sea, y que venga amparado por el sable y por doctrinas que entrañan fatalismo y despotismo, ó sea unidad absoluta, para valerme de la frase de Mr. Laurent. La situación del Bajo-Imperio era horrible, vergonzosa, humillante, malísima, es verdad; pero ¿qué ha sido lo que vino después? ¿Qué ha sido Constantinopla bajo los Turcos? ¿Ha mejorado aquella situación? El mismo monsieur Laurent no dirá que sí... Era lastimosa, es verdad, la situación del Bajo-Imperio. Pero allí latían elementos de vida y de glorioso porvenir. La Europa occidental los hubiera reavivado y hecho fructificar, ¿quién puede dudar! ¿Qué provecho

¿Habrán que lamentar la invasión de los Bárbaros como un paréntesis en el desarrollo intelectual del género humano? La respuesta será demasiado fácil si se comparan los resultados á que llegó la civilización romana con los que produjo la barbarie germánica; sería poner en paralelo la muerte y la vida. Ninguno de los que deploran la ruina de la cultura antigua querría cambiar la decadencia bizantina del siglo XV con la civilización vigorosa y llena de porvenir que salió de la Edad Media bárbara. Pero hay que establecer una comparación más directa entre la barbarie germánica y la civilización romana. En el siglo VI, los hombres del Norte son dueños de la Europa. Constantinopla no ha visto á los Bárbaros dentro de sus muros; posee las obras maestras de la literatura griega; heredera de Roma, ve en su herencia el derecho que ha hecho la grandeza del pueblo rey. ¿Qué fruto sacó de aquellos tesoros? La barbarie es casi tan grande en Constantinopla como en la Europa bárbara. Los mismos escritores griegos increpan á los emperadores iconoclastas como enemigos de las luces; acusan de ignorancia á la familia de Heraclio y de haber despreciado las letras á la dinastía isauria. Cuando los Césares no protegen á los sabios, reina la ignorancia. Las letras no encontraron más refugio que en el colegio imperial de Constantinopla. El presidente de aquel colegio se llama *el astro de la ciencia*, y los doce profesores representan *los doce signos del Zodíaco*; pero aquella sublime ciencia no existe más que en la ostentación de los títulos. Fué necesario que los Arabes impusiesen á los emperadores griegos un tributo de manuscritos, para que los descendientes degenerados de los Helenos sintiesen la vergüenza de su ignorancia. El emperador León recibió el bello nombre de *Filósofo*, no por su ciencia, sino por su amor al estudio; su hijo Constantino Porfirogenito escribió obras políticas é históricas, y los doctos encontraron protectores en aquellos Césares ilustrados. Pero ¿qué es una civilización intelectual que se extingue cuando la corte es bárbara y que no se reanima sino cuando la corte protege á la ciencia?

sacaron de ellos los musulmanes? Bien escaso. Mr. Laurent ha convenido en ello. Y en definitiva, ¿quién los ha utilizado en bien de la civilización y de la humanidad? La Europa cristiana, mientras que en menos del islamismo se han esterilizado por completo. Este hecho por sí solo destruye las aserciones de Mr. Laurent.—(N. del T.)

No había allí iniciativa, no había vida propia en la literatura del Bajo-Imperio. El hombre más notable del siglo IX entre los Griegos, Focio, á quien sus mismos enemigos reconocen un gran talento, está conocido en el mundo literario por su *biblioteca*, análisis de 280 autores, historiadores, oradores, filósofos y teólogos. Otra compilación presenta la historia de la Grecia y de Roma resumida en 53 títulos. El capítulo de *las Virtudes y de los Vicios* y el de las *Embajadas*, únicos que nos quedan de aquella, demuestran que la obra estaba desnuda de originalidad. Vienen después la multitud de escoliastas y de comentadores, una riqueza que se parece á la miseria. Los Griegos de Bizancio leían y recopilaban; ya no tenían fuerza para pensar. Y durante los doce siglos en que vegetó su imperio, no hicieron dar un paso á la ciencia, no añadieron una sola idea al tesoro intelectual de que eran depositarios. La Grecia había brillado por su culto á las formas; lo bello era su ideal, y hasta se puede decir que su religión. Pero de Atenas á Constantinopla, ¡qué descenso! Los Sófocles, los Jenofonte, los Platón hubieran tenido gran trabajo para comprender el lenguaje de sus descendientes; palabras gigantescas, frases pesadas y embrolladas, imágenes discordantes, falsos oropeles ocultaban el vacío del pensamiento. La prosa recargada de una ampulosidad poética, y la poesía aun más chabacana que la prosa: aquellos eternos comentadores de Homero habían olvidado hasta las reglas de la prosodia. ¿Qué decir del espíritu que animaba á los historiadores y á los oradores? Decoraban á Demóstenes y á Tucídides, podían mostrar los sitios en donde Leonidas había combatido al gran rey con 300 Espartanos (1); pero patria, independencia, nación, no eran para ellos más que nombres vacíos de sentido. Una vergonzosa servidumbre destruía toda la libertad del pensamiento, y sin libertad no hay vida. La inteligencia no podía ejercitarse más que en los misterios del cristianismo, y allí encontraba nuevas trabas; las fórmulas de la fe ortodoxa encadenaban la teología, y bien pronto la filosofía religiosa llegó á no ser más que una disputa de palabras á la cual presidía la lógica de Aristóteles (2).

(1) CONSTANTIN. PORPHYROG. recuerda el combate de Leonidas como un asunto de estadística (*de Themát.*, II, 5).

(2) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 53.—SISMONDI, *Hist. de la caída del imperio romano*, c. 24.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. III, p. 340.

La Grecia poseía el tesoro de las letras antiguas y gozaba de los beneficios del Evangelio. Pero la erudición no basta para que un pueblo viva; ni siquiera basta la religión para darle vida; ha faltado á los Griegos la verdadera fe y la fuerza que da la libertad. Hay en esa decadencia creciente, dentro de una fingida civilización, una grande enseñanza para los pueblos de la Europa. Muchas veces se ha comparado nuestro estado social con el del Bajo-Imperio. Los defensores de la sociedad moderna ostentan con orgullo, y por contestación á eso, nuestra riqueza literaria enfrente de la pobreza bizantina. ¡Infelices de nosotros si esas riquezas fueran el único fundamento de nuestro porvenir! Los Griegos eran relativamente tan sabios desde el siglo V al XV como lo somos nosotros en el siglo XIX: poseían las obras maestras de la ciencia y el arte que no se cansan de admirar los siglos, y esa brillante cultura era una herencia de su raza. Sin embargo, en medio de aquella riqueza literaria se enervaba el pensamiento, se rebajaban los sentimientos y se extinguía la nacionalidad. Bizancio era como una mala parodia de Atenas. ¿De qué provenía esa irremediable decadencia? De que la sociedad estaba viciada en su esencia, de que le faltaban los elementos de vida. Se había extinguido la energía moral por efecto de la corrupción material y la postración había engendrado el despotismo. ¿No es ese un espejo de las sociedades modernas? ¿Para qué sirve nuestra riqueza intelectual si, á semejanza de los tesoros del avaro, no produce fruto alguno, porque no tenemos fuerza bastante para hacer que la ciencia encarne en los hechos? ¿Para qué sirve nuestro progreso intelectual si nos extenuamos en los goces de la materia? ¿No llegará acaso el momento en que, para entregarnos tranquilamente á nuestros placeres, nos prestemos á sacrificar el don más precioso del hombre, la libertad? ¿Y qué nos faltará entonces para asemejarnos al Bajo-Imperio? Unos cuantos siglos de esa vida sin alma bastarían para que los pueblos más ricamente dotados cayesen en la postración bizantina.

Ya se ha encontrado la Europa en ese estado de decrepitud. En el siglo V, la Italia, las Galias y la España eran, en apariencia, países civilizados, y el cristianismo parece que prestaba un nuevo vigor á las poblaciones aletargadas por el paganismo. Sin embargo, ¿qué hubieran llegado á ser

las naciones europeas si se hubiera sostenido en el Occidente la dominación romana? Vamos á responder con la historia del Bajo-Imperio en la mano. Los Galo-Romanos hubiesen conservado los restos de la cultura antigua lo mismo que los Griegos de Bizancio; la Europa hubiese llegado, como Constantinopla, á ese estado de barbarie civilizada que es mil veces peor que la barbarie salvaje, porque agota las fuentes de la vida; el cristianismo se habría inficionado con la decadencia general, y el despotismo y la opresión fiscal, que ya arruinaban á las provincias del Occidente, hubiesen consumido hasta la última gota de su sangre. ¿Quién nos ha salvado de la muerte? Dios y los Bárbaros (a).

¿Hay que lamentar que los sectarios de Mahoma ocupasen el lugar de los discípulos de Cristo? Los Arabes no han detenido el desenvolvimiento del cristianismo: no perece nada de aquello que tiene verdadera vida. La historia del Bajo-Imperio nos mostrará una religión degenerada que, en lugar de fortificar las almas, las enervaba; una Iglesia servil, siempre dispuesta á santificar con su autoridad los caprichos del despotismo. Que no es el Corán el que le implantó en Constantinopla; el poder de los emperadores cristianos era tan absoluto como el de los déspotas de Oriente, habiendo en él algo más abyecto que el mismo despotismo, el reinado de la corrupción y de la decrepitud.

Aisladamente considerado, el imperio griego ofrece el espectáculo más triste: una brillante civilización que se extingue en medio de una vergonzosa decadencia. Pero considerado en relación con los destinos del género humano, no hay historia más rica en enseñanzas; parece hecha para convertir á aquellos que niegan la acción de Dios en la vida de los pueblos. Bendigamos á la Providencia que nos ha salvado de la más triste de las muertes, la decrepitud del Bajo-Imperio; pero bendigamos también la justicia divina, la cual se ve brillar en la triste suerte de una raza degenerada: *la muerte es el término del materialismo y de la tiranía.*

(a) Parece que el autor ha querido contestar aquí á la objeción hecha en nuestra nota anterior; pero su propio aserto de que la Europa se encontró ya en situación parecida á la de Bizancio robustece aquella objeción. Dios y los Bárbaros, dice, salvaron entonces á la Europa. Lo cual, ó no es decir nada, ó significa que los salvadores de la civilización europea fueron los principios y las ideas que entraña el Evangelio, sostenidos con fervor y perseverancia. La obra no fué de un día: dura aún y se ha proseguido al impulso de la reforma y al calor del progreso de las ciencias, es decir, al sople benéfico de la libertad.—(N. del T.)